

RANDY
ALCORN



El
PRINCIPIO
de la
PUREZA

LA PROTECCIÓN *de* DIOS
PARA *los* CAMINOS
de la VIDA



OLVIDAR LO QUE HABRÍA PODIDO SER

ERIC entró como un torbellino en mi oficina y se desplomó sobre una silla.

—Estoy verdaderamente enojado con Dios.

Se había criado en una leal familia de la iglesia, había conocido a una joven cristiana y se había casado con ella. Ahora era la imagen misma de la desdicha.

—Vamos a ver... ¿Por qué estás tan enojado con Dios?

—Porque la semana pasada cometí adulterio —fue su respuesta.

Un largo silencio. Por fin le dije:

—Lo que veo es que Dios tiene razones para estar enojado contigo. Pero, ¿por qué estás enojado *tú* con *Él*?

Eric me explicó que durante varios meses había sentido una fuerte atracción por una mujer de su oficina, y

ella también la había sentido. Había orado con fervor para que Dios lo apartara de la inmoralidad.

—¿Le pediste a tu esposa que orara por ti? —le dije—. Te mantuviste alejado de esa mujer?

—Bueno... no. Salíamos a almorzar juntos casi todos los días.

Lentamente, comencé a empujar un gran libro a lo largo de mi escritorio. Eric me observaba sin entender, mientras el libro se iba acercando cada vez más al borde. Yo oré en voz alta:

—¡Señor, no permitas que este libro se caiga!

Seguí empujando y orando. Dios no suspendió la ley de la gravedad. Al llegar al borde, el libro se cayó y dio un golpe contra el suelo.

—Estoy enojado con Dios —le dije a Eric—. Le pedí que no dejara que se cayera mi libro... ¡pero Él me falló!

LAS DECISIONES QUE NOS DESTRUYEN

Hoy puedo oír todavía el ruido de aquel libro cuando golpeó el suelo. Era una imagen de la vida de Eric. Joven, bien dotado y bendecido con una esposa y una hija pequeña, Eric rebosaba de potencial.

Su historia no terminó aquel día. Terminó convirtiéndose en un depredador sexual, y llegó a violar a su propia hija. Lleva varios años en prisión, arrepentido, pero sufriendo las consecuencias de haber ido empujando poco a poco su vida hacia el borde, hasta que la gravedad se hizo cargo de la situación.

Somos muchos los cristianos que tenemos la esperanza de que Dios nos va a guardar de la calamidad y de la desdicha, y al mismo tiempo cada día tomamos unas decisiones inmorales pequeñas, al parecer carentes de consecuencias, que nos van llevando lentamente hacia inmoralidades mayores. (Una encuesta hecha en una reunión de los Cumplidores de Promesas donde había mil quinientos hombres reveló que la mitad de ellos habían estado viendo pornografía la semana anterior.)

*Cada día
tomamos unas
decisiones
inmorales
pequeñas...*

— ❖ ❖ ❖ —

Tiffany y Kyle también crecieron en la iglesia. Cuando el pastor de jóvenes hablaba contra las relaciones sexuales antes del matrimonio, les costaba tomarlo en serio. Sus películas, la televisión y la música se centraban en el sexo. Una noche, después de la reunión del grupo de jóvenes, Tiffany cedió ante los avances de

Kyle. Fue algo doloroso, nauseabundo... no se parecía en nada a lo que pasa en las películas. Después se sentía horriblemente. Kyle estaba enojado con ella, porque se suponía que no debió permitir que aquello sucediera.

Tiffany comenzó a dormir con cualquiera, en busca de un hombre que la amara. Nunca lo encontró; la usaban y seguían su camino. Dejó de ir a la iglesia. Un día descubrió que estaba embarazada. Una amiga la llevó en su auto hasta una clínica de abortos. Ahora la persiguen los sueños acerca del niño que mató.

Habría podido acudir a Cristo. Él la habría perdonado. Pero tiene ya el corazón tan quebrantado y encallecido, que no lo cree. Se ha tratado de suicidar. Está usando drogas y anda de prostituta por las calles. La han violado. Hace poco se hizo otro aborto. Los ojos se le ven muertos. Y su esperanza también está muerta.

¿Kyle? Perdió el interés en las cosas espirituales. Ahora está en el colegio universitario, y se proclama ateo. Ha tenido relaciones sexuales con varias muchachas. Se siente vacío, pero experimenta con todo lo que le parezca que le puede traer felicidad.

Lucinda, una mujer cristiana, decidió que su esposo no era lo suficientemente romántico. Era un hombre decente, trabajador y fiel a la iglesia, pero no estaba a la

altura de las imágenes de Príncipe Encantado que presenta Hollywood. Se enredó con otro hombre y terminó casándose con él. Años más tarde, después de causarle unos sufrimientos indecibles a su familia y causárselos ella misma, volvió a Cristo. «Cómo quisiera volver a estar con mi primer esposo», admitió, «pero ahora es demasiado tarde». Sí, Dios ha perdonado a Lucinda, y sigue teniendo planes para ella. Con todo... ha pagado un precio terrible.

El profeta Jonás, en el sistema digestivo de un gran pez en las profundidades del Mar Mediterráneo, hizo esta observación: «Los que confían en dioses falsos, que son vanidades ilusorias, han dado la espalda a todas las misericordias que de parte del Señor les esperaban». (Jonás 2:8, Biblia al Día).

Un ídolo es algo más que una grotesca estatua de labios gruesos con un rubí en el ombligo. Es un sustituto de Dios. Es algo —cualquier cosa— que valoramos más que Dios. Para podernos aferrar a un ídolo, tenemos que hacer un intercambio.

Nuestra conducta sexual revela quién o qué gobierna nuestra vida (Romanos 1:18-29). El pecado sexual es idolatría, porque pone nuestros apetitos en el lugar de Dios.

Los que se apartan de Dios para aferrarse a un sustituto suyo, sufren unas pérdidas terribles. ¿Por qué? Porque fueron hechos para hallar su gozo en Dios, y no en el sustituto. Intercambian las bendiciones presentes y futuras de Dios por algo que inmediatamente pueden ver, probar o sentir. Y ese algo *nunca* satisface.

————— Yo lo he hecho. Y usted también.
Nuestra conducta En uno u otro grado, todo pecador inter-
sexual revela cambia lo que tiene —y habría po-
quién o qué dido tener— por una mentira. Algu-
gobierna nas veces, las mentiras crecen, y con
nuestra vida. ellas aumenta lo que está en juego. Se-
 guimos empujando nuestra vida poco

————— ❖❖————— a poco hacia la destrucción. Para satis-
 facer alguna subida de las hormonas, alguna fantasía se-
 creta, intercambiamos voluntariamente nuestro futuro.

Es un negocio terrible. Un trato con el diablo, que nunca cumple lo que promete.

Todos los días hay hombres y mujeres cristianos que renuncian a su felicidad futura a favor de un estímulo sexual temporal. Como los adictos a drogas, vamos de dosis en dosis, cambiando la satisfacción de una vida justa por el gusto de un instante, que nos deja vacíos y deseando más.

Eso es lo que hizo Eric.

Renunció a una esposa que lo amaba... una hija que lo habría adorado... el respeto de su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo y su iglesia. Su caminar con Cristo.

Al final, renunció a su libertad.

Con cada pequeña mirada que alimenta nuestra lujuria, nos damos un nuevo empujón que nos acerca más al borde, donde la gravedad va a tomar el control y va a hacer que nuestra vida se derrumbe estrepitosamente.

¿Qué vamos a perder? ¿A qué vamos a renunciar, que habría podido ser nuestro; que *habría* sido nuestro?

¿Dónde estaría ahora Tiffany, si se hubiera mantenido pura? En lugar de ser una prostituta perseguida por las violaciones y los abortos, podría ser una luz para Jesús, tomando partido por Él en el recinto de un colegio universitario, llena de gozo y esperanza para el futuro. Kyle también lo habría podido ser... *solo si*.

¿Y Lucinda? También renunció a lo que era suyo, y lo que habría podido ser. ¿Quién sabe lo que la «gracia» de Dios habría podido incluir en sí. ¿Una conciencia limpia y una valiosa sensación de paz? ¿Unos cálidos y

Es un negocio terrible.

Un trato con el diablo, que nunca cumple lo que promete.



satisfactorios años en compañía de su familia? ¿El respeto y el afecto de sus hijos y nietos? ¿Una influencia permanente en las jóvenes que vieran su ejemplo? ¿Un ministerio que llegaría hasta centenares de vidas? ¿Unas recompensas superiores a todo lo que se habría podido imaginar en la vida venidera?

Sí. Dios la ha perdonado. Por completo. Pero siguen presentes las consecuencias de sus decisiones. No podemos estar viviendo en lo que «habría podido ser»; todo lo que podemos hacer es admitir su realidad y seguir adelante.

En *El príncipe Caspián*, de C. S. Lewis, después de no hacer caso de la indicación que le dio Aslán para que lo siguiera, Lucy trata de preguntarle qué habría sucedido si ella hubiera obedecido antes a su voz, siguiéndolo en lugar de buscar excusas. El Gran León le contestó: «¿Saber lo que *habría* sucedido, niña...? No. A nadie se le dice eso nunca».